

La Toma de Decisiones en la Comunidad Cristiana

En el primer capítulo del libro de Hechos, mientras la Iglesia esperaba nacer, Pedro se pone de pie y se dirige a los apóstoles. En vez de esperar por la llegada Espíritu Santo prometido, les propone remplazar a Judas con otro testigo del ministerio terrenal de Jesús. Determinaron que el requisito para tal sustituto fuera su presencia durante el ministerio de Jesús desde su bautismo hasta su resurrección. El grupo no pudo llegar a un consenso y más allá de identificar dos candidatos. Lo echaron a la suerte y escogieron a Matías.

Si pensamos, por aquello de hacer la comparación, que el plan de Dios era remplazar a Judas con Pablo, nos damos cuenta de varias fallas en el proceso decisional de los apóstoles. Siguieron adelante sin esperar por el Espíritu Santo prometido, establecieron criterios humanos para el sustituto que Dios no aplicó al escoger a Pablo, identificaron dos posibles cursos de acción (José o Matías) que no incluyeron la opción que Dios escogería y lo echaron a la suerte para tomar la decisión final.

Antes de criticar severamente a los apóstoles, debemos enfatizar que aun no habían recibido el Espíritu Santo prometido. En las palabras de A. B. Simpson:

No tan solo al creyente individual, sino especialmente al cuerpo colectivo del pueblo de Dios llega el Espíritu Santo. Es Él quien constituye la iglesia y la reviste con la vida y poder de su Cabeza Viva. Hasta el día de Pentecostés y la llegada del Espíritu, a los apóstoles no se les permitió comenzar a hablar y obrar para el Maestro. El Espíritu Santo es precisamente la vida y el poder del cristianismo y sin Él, la iglesia es como un barco sin fuego en sus motores, ni vapor en sus calderas; como un ejército de soldados que yacen sin vida; como la visión de Ezequiel en el valle; como un cuerpo sin un alma activa. La Iglesia no fue concebida como una organización natural e intelectual, sino una instrumentalidad sobrenatural, totalmente dependiente del poder recibido directamente de Dios para ser efectiva y, por tanto, con la necesidad de separarse siempre del brazo de carne y las fuerzas de ejecutorias meramente humanas. Caminando en el Espíritu, parte IV, Relación con la Iglesia.

En Lucas 5:17-26 un hombre paralítico es traído ante Jesús, quien al verlo proclama: “tus pecados quedan perdonados.” Esto causó incomodidad entre la multitud porque dudaban de la veracidad de tal aseveración y de su reclamo implícito de poder para aseverar tal cosa. Jesús, entonces, les hace una pregunta retórica sobre cuál acción era más difícil llevar a cabo: “tus pecados quedan perdonados” o “levántate y anda”. Verdaderamente la pregunta no iba dirigida a la dificultad de ejecutar cada acción, sino a la dificultad de reclamar de manera creíble tener el poder de ejecutarlas. Nadie podía desmentir el reclamo de Jesús de que los pecados del hombre habían sido perdonados, pero si el hombre no se ponía de pie y caminaba, el reclamo sería evidentemente falso. Jesús entonces hace lo visible (“levántate, toma tu camilla y vete a tu casa”), para que la multitud también creyera lo invisible (“tus pecados quedan perdonados”). Como resultado, todos quedaron asombrados y reconocieron que habían visto maravillas.

En Efesios 4:3-6, Pablo nos exhorta: “esfuércense por mantener la unidad del espíritu, mediante el vínculo de paz.” ¿Por que? Porque “hay un solo cuerpo y un solo espíritu.” Pablo insiste que esta unidad tiene que ser una realidad visible. Como realidad invisible, Pablo menciona que también estamos llamados a “una sola esperanza; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo; un solo Dios y Padre de todos que está sobre todo y por medio de todos y en todos.” En otras palabras, si hay un solo cuerpo del cual todo creyente forma parte, y un solo espíritu, que guía a las partes del cuerpo a actuar bajo la dirección de Dios de una manera coordinada y efectiva, esta verdad tiene que hacerse evidente al que observa la iglesia. Una iglesia “paralítica” no va a lograr convencer al mundo que hay una esperanza, un Señor, una fe, un bautismo y un Dios y padre de todos. La Iglesia tiene que “levantarse y caminar.”

En Juan 17:20-23, Jesús ora precisamente para que la Iglesia se “levante y camine”. Ora que nosotros estemos tan unidos como lo están el Padre, Hijo y Espíritu Santo y que permanezcamos en ellos, para que visiblemente seamos uno como ellos son uno y alcancemos una unidad perfecta. Esta es la señal que va a llevar al mundo a creer que Dios nos ama como amó a Jesús y que nos ama tanto que envió a Jesús a nuestro mundo para que todo el que crea en él no perezca, más tenga vida eterna. Es la señal que va a llevar al mundo a creer el mensaje del evangelio.

En el libro de Hechos, luego de recibir el Espíritu Santo, vemos a la Iglesia actuar bajo la dirección del Espíritu Santo recibida mientras adoraban y ayunaban (Hechos 13:2), actuando según lo que les pareció bien al Espíritu Santo y a ellos (Hechos 15:28) y, cuando no pudieron alcanzar un consenso entre las opciones consideradas (llevar o no llevar a Marcos con ellos), buscando una tercera alternativa (dos viajes separados en vez de uno) en la cual pudieron llegar a un consenso (Hechos 15:39).

Además de estas instancias en las cuales actuaron bajo la dirección del Espíritu Santo y en común acuerdo, la Biblia nos exhorta continuamente a mantener la unidad. Se nos suplica que “todos vivamos en armonía y que no haya divisiones entre [nosotros], sino que [nos mantengamos] unidos en un mismo pensar y en un mismo propósito” (1 Cor. 1:10). Se nos dice que nos comportemos de una manera digna del evangelio de Cristo que nos mantendrá “firmes en un mismo propósito, luchando unánimes por la fe del evangelio y sin temor alguno a nuestros adversarios” (Filipenses 1:27). Se nos enseña que una relación con Cristo y el compartir la presencia del Espíritu Santo nos debe llevar a “[tener] un mismo parecer, un mismo amor, unidos en alma y pensamiento” (Filipenses 2:1-2). El mejor indicador de andar siguiendo la senda trazada por el Espíritu Santo es que la comunidad actúe en consenso de una manera consistente con la Palabra.

Discernir la dirección del Espíritu Santo es a veces una tarea difícil. Precisamente por esa razón, Pablo nos exhorta a “esforzarnos” por lograrlo. Nuestros esfuerzos tendrán más éxito en unas ocasiones y menos en otras, pero estamos llamados a esforzarnos insistente y continuamente. Cuando la iglesia no actúa bajo la influencia y dirección del Espíritu Santo, con frecuencia se encontrará actuando separada de Dios y experimentará división.

Nuestros esfuerzos por mantener la unidad del Espíritu deben ser guiados por los pasajes bíblicos sobre este tema. La comunidad cristiana que toma decisiones debe estar compuesta por individuos

quienes a su vez son guiados por el Espíritu (1 Corintios 1:11-12). Tener miembros que no viven bajo la dirección del Espíritu obstaculizará el proceso decisional y puede producir una medida considerable de división. Los miembros de una comunidad cristiana que participan en la toma de decisiones deben seguir las enseñanzas y los ejemplos bíblicos cuando enfrentan una situación de falta de consenso.

Deben actuar con humildad. La ausencia de consenso nos indica que no hemos llegado a la respuesta correcta bajo la dirección del Espíritu, pero no nos dice cuáles de los miembros de la comunidad necesitan seguir buscando la dirección del Espíritu. Nuestra reacción debe ser una de humildad, tal como demostraron los discípulos cuando Jesús les anunció que uno de ellos lo traicionaría. Cada uno de los discípulos reaccionó considerando humildemente si Jesús se estaba refiriendo a él. Mateo 26:20-22; Marcos 14:17-19. Frente a una falta de consenso en nuestra comunidad cristiana, todos debemos estar dispuestos a humildemente reexaminar nuestra posición y regresar al Espíritu para dirección y claridad en la decisión, cada uno receptivo y dispuesto a ser guiado a cambiar su posición.

Hay un “pero” enorme en Efesios 4:7. Pablo nos acaba de declarar en Efesios 4:6 que hay “un Dios y Padre de todos, que está sobre todos y por medio de todos y en todos.” Dada esta verdad, el orgullo humano puede fácilmente llevar a los miembros de la comunidad a concluir e insistir que su posición es tan válida como la de cualquier otra persona, Números 12. Consciente de esto, Pablo pasa a insertar un gran “pero” luego de su declaración en Efesios 4:7:

*⁷ Pero a cada uno de nosotros se nos ha dado gracia en la medida en que Cristo ha repartido los dones. . . . ¹⁶ Por su acción todo el cuerpo crece y se edifica en amor, sostenido y ajustado por todos los ligamentos, **según la actividad propia de cada miembro.***

En otras palabras, los miembros de una comunidad cristiana han sido capacitados de distintas maneras y son llamados a contribuir a la vida de la comunidad de maneras diferentes, consistentes con su llamado y capacitación. Nuestro discernimiento en cuanto a un asunto debe incluir la posibilidad de que Dios nos esté llamando a sujetarnos a otro miembro de la comunidad a quien Dios ha escogido para ese momento o a través de quien Dios ha escogido “hablar” con más claridad sobre el asunto.

Nuestra pasión es una parte muy importante de nuestra personalidad y nos moviliza a actuar en respuesta al llamado de Dios, pero debemos tener presente que es posible tener emociones muy fuertes en cuanto a un asunto que no provienen del Espíritu (Jeremías 17:9; Mateo 15:19).

Debemos estar dispuestos a reconsiderar las opciones que hemos identificado, teniendo en cuenta que a Dios le interesa no solo qué hacemos, sino por qué lo hacemos, o sea, quién somos. Es fácil pensar que una vez hemos articulado la decisión de manera que la respuesta es “sí” o “no”, una de las dos tiene que ser la respuesta correcta. Es posible, sin embargo, que las razones que hemos identificado para justificar nuestra respuesta no representan “quien” Dios quiere que seamos y por lo tanto, el Espíritu está evitando que lleguemos a un consenso hasta que articulemos las razones que Dios desea para apoyar nuestra decisión.

Por último, debemos cuidarnos de la tentación de resolver cualquier falta de consenso menospreciando a los que no están de acuerdo. Es muy fácil declarar que los que se oponen no están

siendo guiados por el Espíritu. Poner a votación un asunto para ver cual alternativa tiene el apoyo de la mayoría hace caso omiso de la contribución valiosa que puede hacer una minoría al proceso de decisión. Esto se mitiga en algo, pero no del todo, cuando se requiere una super mayoría en vez de una simple mayoría para tomar una decisión. Siempre es sabio, no obstante, intentar formular una decisión que atiende las preocupaciones de todos y produce un resultado con el cual todos sienten que pueden vivir.

En conclusión, nuestra comunidad cristiana debe esforzarse por mantener la unidad del Espíritu mediante el vínculo de paz. Esto es lo que va a ocasionar que otros “vean” a Dios a través de nuestra comunidad. Debe ser evidente que somos un cuerpo, actuando bajo la dirección de un señor, que es Jesucristo, guiados y enseñados por una voz, que es el Espíritu Santo, hablando la verdad en amor, mientras cada miembro de la comunidad contribuye el servicio para el cual ese miembro ha sido llamado y capacitado. Esta unidad se revela poderosamente a través de la manera en la cual se toman las decisiones. Cada uno de nosotros tiene la gran responsabilidad de promover y mantener esta unidad.